POEMAS EN PROSA

SOLA

Tú lo has querido y será para siempre.

Pasarán muchos años... y tu cuerpo, y tu rostro, y tú toda entera, te transformarás en una hermosa señorita entristecida por los mimos de la Soledad.

Se alargarán tus manos, al afilarse, y te adornarás los dedos con sortijas raras en un ensayo de desaburrir al aburrimiento. Parecerás una *dama antigua* tan solitaria como orgullosa, y cada luna que ruede sedosamente con su teoría de noches por la acústica del cielo, te dejará más pálida, más dolorosa, mas interesante, porque el Señor Tiempo, tan burgués a fuer de metódico, enamorado de tu senil frescura, será mal aritmético por una sola vez.

LA PENA

Amiga mía, hay penas que se sufren con encanto y son como esas cosas muy sabidas, que por andar de boca en boca, los abuelos cuentan cuando las noches son largas, lloran las mujeres cuando son mozas y las mozas, cuando son niñas, cantan.

Mi pena es la de todos los hombres. Con sus alas quiméricas, de polo a polo ha volado el planeta.

Ella duele en el corazón luego de tres jornadas de

camino: la de la tristeza, la del amor, la de lo imposible.

Amiga, al escribirte, el dolor se me asoma a los labios en forma de canción. Por eso lo sufro y lo vivo sin una frase de protesta; el dolor de saber que por mí nunca te vestirás de novia, o el dolor de pensar que por mí nunca te has de vestir de viuda.

Pero no me compadezcas, y cuanto tú también sientas clavarse en tu alma los dientes de la pena, fúndela en la mía, que, yo, buen confidente, sabré hablarte *del otro* en tono de consuelo.

Amiga: eres tan buena (y tan hermosa), que me haré más bueno aún por parecerme a ti!

IMPRESIÓN

En el Otoño y a una hora sin sol y sin luna. Los pocos vecinos que pasan frente a los portones de las quintas, lo testimonian al saludarse: unos en sus "buenas tardes", otros con sus "buenas noches".

En el horizonte que no ha mudado su traje desde el amanecer — un astro se levanta creciendo en luz como una flor, y más arriba, en los surcos del cielo, las manos de un Triptolemo invisible siembran a puñados las estrellas. Sopla un aire tibio que imprime movimientos de saludo a los pinos esbeltos y peinados.

Los árboles dicen sus oraciones por el pico de los pájaros que recogidos entre las ramas, donde ya es de noche, pían el prólogo del sueño.

Por los senderos lánguidos, ruedan, ásperas, las hojas, acoplándose unas a otras como en un intento de reproducción. Lejos, una tapia vestida de enredadera, muestra sus campanillas blancas, cada vez más blancas a medida que las hojas se vuelven más negras.

Se oyen, claros, los jadeos del Silencio.

Elegante, una mujer pasea por el jardín.

A la media luz del crepúsculo, sus ojos oscuros se unen en una curva línea de carbón. Es nerviosa, friolenta y vivaracha; y con su abrigo gris colgando de los hombros, recortada en el paisaje, cuando se inmoviliza, se me antoja un afiche anunciador del Otoño.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

SECCIÓN DE
Liceo Franco-Uruguayo
BIBLIOTECA Y CONFERENCIAS